

VII

PERFIL DE MADONA

—Mentira parece que un hombre de corazón y de talento llegue tan abajo—se dijo Renato al separarse de su compañero.—Ella es muy linda, eso sí. ¡Si pudiera unirse á la hermosura de alma de una criatura como Rosalía esa gracia, esa elegancia, ese no sé qué!....

De aquí pasó el poeta á la señora de Moraines, en la que había creído adivinar la confusión de ambas clases de belleza; mujer deliciosa, aristocrática por naturaleza, cuya dulcísima voz y conversación ideal formaban la síntesis de la artista por un lado y de Rosalía por el otro. Despertó de la especie de sonambulismo en que andaba ensimismado, al salir del Puente de los Inválidos y del centro de la Avenida de Antin. Automáticamente llegaba al barrio en que vivía aquella Susana, y recordó que en otro tiempo frecuentaba la misma calle de Murillo, donde habitaba Gustavo Flaubert, el autor de la *Tentación*, del cual era entusiasta nuestro poeta. Ya

estaba lejos esa época; ¿quién le habría dicho que volvería á pasar por allí para ver á la mujer que realizaba sus más íntimas quimeras? Casi instintivamente y después de mil vacilaciones, tomó un carruaje y se dirigió á la calle de Coëtlogon, y una vez en su casa empezó á vestirse. Triunfó el deseo de ver en aquel mismo día á la señora que con tal delicadeza le invitaba y tan distinta de la superficialidad con que las otras le habían hecho iguales ofrecimientos. Su hermana no estaba, y Francisca se ocupaba de la comida. Renato se entretenía en coqueterías pueriles y aún no se confesaba resueltamente que iría. Los objetos todos de su cuarto le traían á la memoria sus deberes hacia Rosalía.

—Si recibiese sin yo saberlo un hombre que le agradase tanto como á mí me agrada la señora de Moraines..... Verdad que yo soy artista y necesito sensaciones nuevas, experiencias del mundo; no voy á hacerla el amor...

Puso dos gotas de *white rose* en el pañuelo, y el penetrante perfume excitó su tormento de pasión, removiendo todas las reservas de juventud que mantuvo en holocausto por Rosalía; pero la lealtad para con ella concluía ante las visiones poco ideales que en Renato despertaban aquellos hombros desnudos, aquella nuca dorada, aquellos labios

rojos y aquellos dientes tan blancos. Cuando el coche le dejó en la calle de Murillo ya quedaba irreparablemente traicionada Rosalía por la sensación nueva de aquella Susana á quien sólo había visto una hora en toda su vida; pero la novedad en la juventud tiene encanto irresistible, y hasta tal punto lo tenía para Renato, que primero hubiese pisoteado el corazón de la primera que no visitar á la segunda.

—No lo sabrá—se dijo; y entró.

La casa de pisos que habitaba la señora de Moraines parecía un hotel, gracias á su complicada y elegante construcción. La garita del portero resultaba más brillante que el salón de los Offarel en los días de fiesta. Tan grande era la emoción de Renato, que hubiera agradecido que aquel militar inválido le negara la subida; pero, por el contrario, le dijo: «Al fondo del patio, la puerta de enfrente, cuarto segundo.» Y tuvo que adelantarse á buscar y salvar la escalera, alfombrada y á la misma temperatura suave de una habitación. Plantas á uno y otro lado, asientos en todas las mesetas, el gas ya encendido, elementos todos estos para aumentar la turbación del joven, cuyas piernas temblaban al poner la mano sobre el timbre, al sentir los pasos del criado, preguntarle y ser conducido

al saloncito en que se hallaba la peligrosa mujer de que sólo conocía su belleza. ¿Podía ocultarse á sí propio ya el género de interés que le arrastraba? Si hubiese tenido necesidad de dibujar el marco, seguramente no le encontrara más de su gusto que aquel en que por segunda vez se le presentaba la noble hermosura que le enamoró. ¡Con cuánta frecuencia la hermosura se convierte en mentira, y mentira peor que las otras, si nos empeñamos en contemplarla como algo más que una línea, un contorno, una apariencia! Hallábase la señora escribiendo; sobre el *bureau* una lámpara con pantalla de encaje, alrededor una jardinera, y saliendo de ella hermosa hiedra enredada en dorada celosía. Todo, en fin, era allí del gusto moderno; los juguetes, las telas, la *chaiselongue*, la vitrina, con sus objetos japoneses y sus fotografías, los cuadros, las porcelanas, las infinitas superficialidades del género. Renato no conocía, sin embargo, el mundo más que en las novelas, y todo este conjunto, velado por la media luz, lo atribuía á la personal delicadeza de la madona de aquel santuario. Recibióle ella con una sonrisa y una mirada que de golpe destruyeron los pueriles temores que hasta entonces le habían atormentado. Hay hombres que nacen para agradar á las mujeres independientemente del

corazón, del talento y hasta de la figura, y llevan en el alma como antenas morales que les advierten de las impresiones que producen. Así, Renato, á pesar de su ignorancia, comprendió que había hecho bien en venir á gozar de dulces emociones al lado de este primer ejemplar que veía de cerca. No era la mujer de la vispera; acababa de entrar de la calle, y tal vez por alguna urgente ocupación le faltó tiempo para mudar de traje; sólo pudo quitarse el sombrero y cambiar de calzado. El vestido era obscuro y de cuello alto como el de Colette, sus cabellos del mismo color que los de la artista, y este aspecto, estos rasgos comunes creía el poeta que la aproximaban más á él; no existía aquella impenetrable atmósfera que desarrollan el aparato de las *toilettes* y la ceremonia de las recepciones. Había, no obstante, diferencia, que él notaba, entre ambas mujeres.

—Sr. Vincy, agradezco á usted mucho su visita.

Esta fórmula insustancial, que podía perfectamente haber salido de los labios de la señora de Sermoises, de la Ethorel y hasta de la tiesa señora de Hurault, fué para Renato expresión de una profunda simpatía, absoluta bondad y divina indulgencia, tan sólo porque un ademán gracioso, un ligero relámpago de

sorpresa y una sonrisa seductora, completaron el saludo. Aunque el poeta no hubiese venido predispuesto á la admiración, la manera con que Susana le acogía era bastante para encantarle; y no ya este verdadero neófito, sino que otro tanto acontece diariamente á los escritores más distinguidos y más hastiados. El autor del *Sigisbeo* se preocupaba de no agrandar, y había agrandado; había sentido toda la mañana ardiente deseo de ver á aquella mujer, y la veía. Ella, moviendo los labios y cerrando un tanto los ojos, dejó caer esta segunda frase:

—Si usted ha cumplido con todas las señoras que ayer le invitaban al felicitarle, mucho ha tenido que moverse.

Y él contestó instintivamente:

—Es que no he vistô á ninguna sino á usted, señora.

Inmediatamente después de dicho esto se ruborizó, porque las palabras pronunciadas y el modo de pronunciarlas tenían tan clara significación, que al poeta le sucedió lo que á los niños cuando les sorprenden algo que quieren tener oculto. ¿Habría por acaso ofendido con su espontaneidad á aquel dechado de perfecciones, á aquella especie de Titania, á cuyo lado reconocíase como obscuro Bottom? Y es que Renato, como bajó los ojos al lanzar la

exclamación, no pudo ver la imperceptible sonrisa que se dibujó en Susana, satisfecha del resultado de su provocación. De todo ello sacó Renato en consecuencia que aquella mujer era tan buena como linda.

Previendo alguna nueva timidez, anticipóse Susana á dirigir la conversación con estas palabras:

—Es que yo merezco, caballero, un poco esa preferencia, que seguramente causaría, si se supiera, la envidia de otras; porque nadie admira tanto como yo el hermoso talento que revelan esos versos de tan exquisita sensibilidad. Y es que nosotras las mujeres jamás criticamos las cosas con el entendimiento, sino con el corazón, aunque en cierto modo no parezca esto lo corriente: pero yo heredo de mi pobre padre este sentido; él, tan amante de los progresos de la literatura, por la que tanto hizo, hubiera gustado mucho de los trabajos de usted.

Detúvose como para alejar de su mente recuerdos melancólicos. Preciso era convertirse en monstruo de desconfianza para no creer en una herida, todavía fresca, al oír á Susana hablando de su padre.

Renato, sin embargo, quedó sorprendido, porque sus noticias le daban á conocer á Bois-Dauffin como enemigo jurado de la literatura

y autor de un proyecto de ley deplorable sobre la librería. Además, no era partidario del idealismo convencional á que había aludido la señora de Moraines. Sea que comprendiese la diferencia de gustos literarios, ó que careciera de la instrucción suficiente para seguir una conversación de este género, Susana pasó, como sobre ascuas, de esta cuestión del ideal en el arte al otro problema más femenino del ideal en el amor, aunque no sin dejar en el poeta la impresión de que cualesquiera que fuesen las cualidades del padre difunto, su hija revelaba corazón sensible y tierno, conservando la tradición.

—Y me agrada mucho también en el *Sigisbeo* la fe en el amor que demuestra, el horror á la coquetería, á las mentiras, á las villanías todas que deshonoran al más divino de los sentimientos del alma humana.

Y esto con su acostumbrada voz de música fina.

—Créame usted, el día en que dude del amor, cesará usted de ser poeta; pero hay un Dios que vela sobre el genio, y no permitirá que los magníficos dones que ha prodigado á usted se esterilicen por el escepticismo. ¡Porque usted será religioso y buen católico!

Susana, durante sus reflexiones al poeta, le envolvía con penetrante mirada, poniendo

la mano en su propia frente y manifestando una especie de exaltación contenida.

Renato contestó que al presente tenía sus dudas en materia religiosa.

Ella se calló, mostrando en su semblante expresión casi dolorosa, y desde aquel momento, ante ideas tan nobles, sentimientos tan delicados, y hasta la mezcla de cosas tan independientes como la creencia en Dios y las obras dramáticas en verso, Renato se encontró decidido para siempre á afrontar los mayores peligros en holocausto de aquella mujer.

Al cabo de todo ello, el ruido de la tetera que el criado llevó á un rincón del saloncito, se hizo más perceptible.

Pasó Susana por sus ojos los dedos de afiladas uñas, y con sonrisa que parecía pedir perdón de haberse atrevido á tratar con su pequeñez problemas tan serios ante un espíritu superior, dijo:

—Pero no ha venido usted á oír sermones. ¿Quiere usted una taza de té? Pues ayúdeme usted á prepararla.

Levantáronse ambos, ella ligera, él encantado, y ya puestos á la faena, comenzó una de esas conversaciones de nonadas, mantenida por ella, que se sentó á su lado, mientras gustaban de la merienda improvisada,

con ese ingenio con que dominan las mujeres á los hombres más feroces.

Susana interrogaba ahora al poeta sobre sus primeras impresiones del *Sigisbeo*, completando su obra de seducción obligándole á hablar de sí propio: acabó en él toda corteidad, y en medio de esta gratisima sensación, vino la más cruel á interrumpirlos.

—¡Qué fastidio! — fué la exclamación de Susana.

Saludó el poeta, no sin que antes quedara presentado á la visita que tan inoportunamente concluyó la deliciosa escena descrita.

—El señor Barón Desforges; el señor Vincy...

Pudo Renato fijarse en este hombre, de regular estatura y bien vestido, que lo mismo podría contar cincuenta y cinco años que cuarenta y cinco, aunque en realidad tenía cincuenta y seis; fisonomía indescifrable, rubio aún el bigote, gris el cabello, que no se teñía (demostrando su buen gusto), y bastante espeso. Sólo su color sanguinolento no se conformaba con la general elegancia del personaje.

El poeta sintió antipatía inmediata ante la impertinente mirada del Barón, que no le dirigió la palabra; gracias á que la imagen seductora de Susana borraba todas estas esquinas, y aun más al decirle:

—He sido muy dichosa con la visita de usted.

¡Dichosa! ¿Y qué podría él contestar sino que nunca hasta aquel momento había conocido el amor?.

VIII

EL OTRO PERFIL DE LA MADONA

—Es el poetilla de la de Komof—dijo Susana inmediatamente después que se cerró la puerta.

Este modo de contestar anticipadamente á una pregunta que adivinaba en el semblante del recién llegado, bien claramente indicaba el lugar que le correspondía en la intimidad de la casa. Y con aquella sonrisa infantil que sabía tomar, y ante la cual no resisten los hombres más recelosos, añadió:

—Verdad es que usted no estuvo. Me hubiera usted encontrado linda, muy linda. Iba peinada como á usted le gusta, y esperaba verle á usted por lo menos. Allí me presentaron á ese joven que es el autor de la obra; el pobrecillo venía á dejarme una tarjeta; ignoraba las horas en que yo recibo, y ha subido. Le ha hecho usted un gran favor librándole de la visita; no sabía cómo despedirse.

—Ahora comprenderá usted con cuánta razón me opuse á que usted fuera. Ya tenemos

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO